

El Abrigo Pardo

Continuación de la pág. 9.

nando nada. Todo lo que comprendo hasta ahora es que perdemos ciento nueve mil pesos.

—Mucho hay de cierto en eso —asintió el Inspector— a menos que demos con esa suma.

—Muy bien, ¿y por qué no la encuentran?

Mallory permaneció callado.

II

—¿Qué hizo Dolan con el dinero? —fué la pregunta del reporter Hutchinson Hatch al Profesor Augusto Van Dusen, generalmente conocido por el sobrenombre de "La Máquina Pensante", y a quien, en sus esfuerzos por descubrir la verdad, fué a entrevistar por su cuenta. — Resulta claro —añadió— que no está escondido en su casa.

—¿Y la mujer de Dolan? —inquirió el Profesor, con su acento peculiar de irritación. Parece cosa probada que ella no sabe nada del asunto, ¿verdad?

—Fué sometida al "tercer grado" de investigación —contestó Hatch— y si hubiera sabido algo, ya lo habría dicho.

—¿Sigue viviendo en la misma casa?

—No; está parando en casa de una hermana. La casa ha quedado cerrada, bajo llave. El Inspector Mallory tiene la llave; ha tenido sumo cuidado en cuanto ha hecho en este asunto. A Dolan no se le ha permitido escribir a su mujer, ni siquiera verla, por temor a que le pueda decir el lugar donde esconde el dinero, y lo haga desaparecer. No lo han dejado comunicarse con nadie, ni siquiera con un abogado. No ha hablado más que con Mr. Ashe, el Presidente del Banco, y dos de los Directores, pero ya comprenderá usted que a éstos no les iba a confiar un recado para su mujer.

La Máquina Pensante lo escuchaba en silencio. Durante cinco, diez, veinte minutos, quedó inmóvil en su asiento, con las extremidades de sus dedos, finos y largos, unas contra otras, mirando hacia el techo. Hatch lo observaba y esperaba pacientemente.

—Desde luego —dijo por fin el Profesor— que ciento nueve mil pesos, aunque se trate de billetes grandes, constituyen una suma difícil de ocultar en un lugar sobre el que se ha practicado repetidas veces una búsqueda minuciosa. Podemos, por tanto, suponer que no está en la casa. ¿Qué han averiguado los detectives acerca de los lugares en que haya estado Dolan después del robo, hasta el momento de ser detenido?

—Nada —dijo Hatch.— Absolutamente nada. Dolan pareció desaparecer del planeta durante un tiempo; el tiempo necesario, supongo yo, para esconder el dinero. No hay duda de que había meditado sus planes perfectamente...

—Desde luego —replicó la Máquina— que sería posible quedarnos sin movernos de aquí y, de acuerdo con simples reglas de lógica, hacer deducciones y llegar a descubrir el dinero. Pero supon-



Notable Testimonio Acerca del Valor de la Leche Condensada

“LAS circunstancias han querido que yo mismo experimentase los indiscutibles méritos de la leche condensada.

Durante cuatro largos y duros años, las regiones invadidas del norte y del este de Francia no pudieron alimentar a los pequeños y a los enfermos más que con la leche condensada que generosamente les suministraba el Comité de Socorro.

Desde la invasión, el ejército alemán se incautó en todas partes, para su uso exclusivo, de la producción lechera de vacas y cabras. Algunos meses más tarde, las mismas vacas y cabras fueron transportadas a Alemania.

La tuberculosis segó una gran parte de vidas jóvenes. Únicamente los pequeños y especialmente los bebés fueron salvados. Algunos bebés nacidos entonces se criaban a maravilla, y en la gran aglomeración de Lille, por ejemplo, donde antes de la guerra más de la tercera parte de los niños sucumbían a la enteritis y a la atrepsia, la mortalidad era casi nula. Este resultado sorprendente era debido a la leche condensada de excelente calidad que recibían las madres que no podían amamantar a sus hijos y que nuestras consultas de bebés vigilaban rigurosamente.

De este modo hemos hecho, sin quererlo, una experiencia que ha sido de las más concluyentes en favor de la leche condensada.”

PROFESOR CALMETTE

Subdirector del Instituto Pasteur, de París

(Comunicación a la Academia de Medicina de París)

Leche Condensada **“La Lechera”**

dría el empleo de un tiempo considerablemente largo. Podríamos comenzar, por ejemplo, partiendo del supuesto de que Dolan planeó el robo con miras a escapar. ¿Y cuándo? ¿Por ferrocarril o por mar? La contestación a estas preguntas nos pondrían en el plano de llegar a descubrir el lugar donde posiblemente escondió lo robado, puesto que, indudablemente, habría de haber puesto ese dinero en lugar de fácil acceso en caso de fuga. Pero todo ese proceso resultaría largo, repito. Quizá sea lo mejor hacer que Dolan nos lo diga él mismo.

—¿Desde luego que sería lo mejor —dijo Hatch— si se prestara! Pero se pone de tal modo que desespera, cuando se le habla del dinero.

—¿Pues es claro! —dijo el Pro-

fesor.— Pero eso no importa. No dudo que a mí me lo diga.

Después de esta conversación el reporter Hatch y el Profesor fueron al despacho de Mallory. Lo encontraron grandemente abstraído. Miró a los que irrumpían en su despacho, casi con expresión de alivio. Instintivamente sabía lo que tal visita significaba.

—Profesor —dijo Mallory antes de que lo saludaran— si usted encuentra el dinero, yo... yo le... ¡Pero no, usted no podrá encontrarlo!

La Máquina Pensante miró al detective, y las comisuras de sus labios se contrajeron en un gesto de desaprobación.

—Creo, Mr. Mallory —dijo— que aquí ha habido, podemos decir, un poquito de exceso de precauciones.

No abrigo duda alguna de que Dolan me va a decir dónde tiene el dinero. Según he entendido, su mujer se encuentra prácticamente sin recursos, ¿no es así?

—Sí —contestó Mallory—; es viviendo en casa de su hermana.

—¿Y ha pedido permiso para verla o escribirle?

—Sí, docenas de veces lo ha pedido.

—Bien; supongamos que usted deje que la vea —insinuó el Profesor.

—¡Por Dios! —explotó el detective.— ¡No me diga usted eso! Eso es lo que pide a gritos. Si llegan a enfrentarse, tengo la seguridad de que con un guiño, un gesto, una palabra cualquiera, le indicará el lugar del dinero. En cambio, ahora tengo la seguridad de que el